

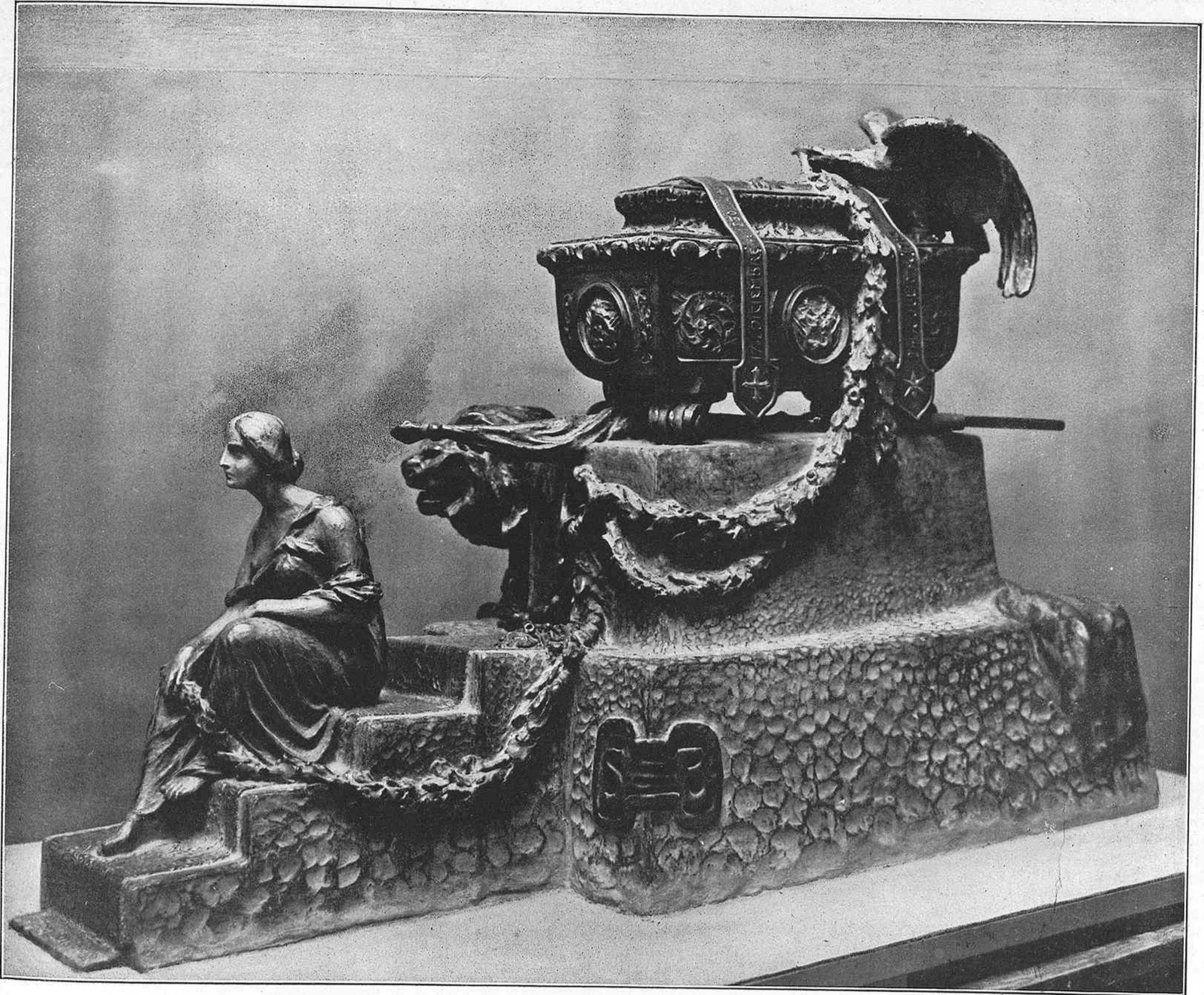
# La Ilustración Artística

Año XXXIV

BARCELONA 15 DE FEBRERO DE 1915

Núm. 1.729

VENEZUELA. - URNA DE BRONCE DESTINADA A CONTENER LOS RESTOS DE SIMÓN BOLÍVAR



Obra de Juan Esteva, de la casa Esteva y C.<sup>a</sup> de Barcelona, premiada en el concurso celebrado por el gobierno venezolano

La República de Venezuela, queriendo guardar dignamente y en artística urna los restos del libertador Simón Bolívar, abrió en 1913 un concurso mundial para premiar el proyecto que resultase de mayor mérito.

Fueron muchos en número los artistas que al concurso acudieron; y el Jurado, en veredicto de 30 de mayo de 1913, adjudicó el premio al proyecto presentado por D. Juan Esteva, ha-

biendo el gobierno venezolano encargado de la ejecución y emplazamiento de la urna al mismo autor premiado.

El adjunto grabado permite formarse idea de la belleza de la obra realizada por el señor Esteva, obra de carácter monumental, bellamente concebida, de líneas elegantes y armónicas y de una severidad adecuada perfectamente al objeto a que está destinada.



**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Amor aventurero*, por Federico Trujillo. — *La guerra europea*. — *Barcelona. Congreso de la Prensa no diaria*. — *Madrid. Novedades teatrales*. — *La Niania* (novela ilustrada; continuación). — *Valencia. La recolección del azafrán*. — *Libros enviados a esta Redacción*.

**Grabados.** — *Venezuela. Una de bronce destinada a contener los restos de Simón Bolívar*, obra de Juan Esteva. — Dibujo de Carreres, que ilustra el cuento *Amor aventurero*. — *La guerra europea. Cañón francés emplazado en las fragosidades de un bosque* — *Las aldeas lacustres del Argona ocupadas por las tropas francesas*. — *El archiduque Eugenio*. — *Campamento de artillería francesa en la región del Vozve*. — *Soldados rusos defendiendo la entrada de una aldea*. — *Artillería rusa disponiéndose a tomar posiciones*. — *Antes del baile*, cuadro de N. Gradi. — *Marina*, cuadro de Eliseo Meifrén. — *Ante el espejo*, cuadro de C. M. Orchardson. — *Barcelona. Congreso de la Prensa no diaria*. — *Madrid. Novedades teatrales*. — *Valencia. La recolección del azafrán* (cuatro fotografías). — *Barcelona. Festival celebrado a beneficio de la Cruz Roja de Alemania y Austria-Hungría*.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Deseando están los empresarios algo que los saque a flote, la obra sensacional y llena de brío que sea el *clou*, pase el modismo francés, de la temporada.

Supongo que, a pesar de ser tan entretenido e interesante *El hombre que asesinó*, estrenado por la compañía Guerrero-Mendoza, con todo el aparato y esmero de costumbre, no conseguirá una serie satisfactoria de llenos.

Desde luego, primer percance, el abono de las niñas, el virginal y blanco, no admite tales obras. Y lo picante es que a ésta la substituyen con otra de D. José Echegaray, que en otro tiempo era el coco, el terror de los hogares, y del cual me afirmaba un respetable religioso ¡que sostenía el amor libre!

Verdad que al preguntarle yo a dicho religioso en cuál de sus dramas abogaba D. José por tan nefanda libertad, hubo de contestarme:

— ¡Yo no puedo perder el tiempo en leer novelas ni dramas!

Pues de aquel mismo D. José vitando, antisocial, echan mano ahora los empresarios puestos en apuro, para no ofender los inocentes oídos de las señoritas casaderas...

\* \*

No hay cosa que no la cambie el tiempo, y, releyendo, se asombra uno de que ciertas obras asustasen antaño.

Y, francamente, tampoco *El hombre que asesinó* es ningún ariete contra la sociedad. No acierto a ver en él nada de disolvente, ni nada especialmente inmoral, aunque el cuadro sea el de un medio ambiente algo ligero, pero no más de lo que a cada paso vemos por ahí.

Lo único repulsivo es la unión de tres personajes, una mujer y dos hombres, para torturar, infamar y perder a una señora, al principio inocente, y a quien ellos, con frío cálculo, llevan al abismo. Estos malvados repugnan; pero no se quedan sin su merecido: el más culpable, que es lord Falkland, autor de una asechanza contra la honra y la seguridad de su mujer, cae atravesado por certera puñalada, y la mano que hace justicia es la de un hombre que profesa a lady Falkland respetuosa adoración, de paladín, de moderno Amadís de Gaula. El hombre que asesina, es el que en el drama encarna la honradez, la dignidad y el espíritu justiciero.

\* \*

Como siempre hay gente descontentadiza, no faltó quien reprochase al marqués de Sévigné el no haber enviado a lord Falkland los padrinos, sin ver que sería la bobada más infame.

Aparte de que lord Falkland pudiera muy bien ser quien rompiera la cabeza o traspasase el pulmón a su adversario, y entonces lady Falkland se quedaba sin defensor y en desamparo completo, con el sistema del «lance de honor» conservaba en su poder el traidor marido el papel que comprometía a su mujer, papel arrancado por la fuerza. No cabe tampoco que, después de conocer a lord Falkland, quisiese nadie medir armas con individuo tan des-

preciable. Hizo muy bien el marqués de Sévigné, y si otra cosa hiciese, fuese un grandísimo bolonio.

Este carácter del marqués de Sévigné, que a primera vista puede aparecer algo idealizado, es, al contrario, muy real. Pertenece a la humanidad, no a la quimérica abstracción. La clase de sentimiento que le inspira lady Falkland, y en que hay piedad de devoto y ansias de soñador, no lo considerará inverosímil sino un psicólogo superficial.

\* \*

El caso del marqués existe, y responde a una poética sed de emoción y de abnegación, propia de las almas finas, y en que vibra, secretamente, bajo un velo de reserva, la cuerda del entusiasmo.

Nacido para las grandes empresas, las luchas sublimes, los heroísmos y las exaltaciones, el marqués de Sévigné, como militar, no ha podido salir de agregado de Embajada, y como sentimental, de la vulgar aventura, tan pronto iniciada como puesta en olvido.

La casualidad, la suerte, lo han dispuesto así: él espera algo que no llega nunca, y entretanto las canas van nevando en sus sienas, el otoño se acerca, la juventud se refugia en el corazón...

Al encontrarse en Constantinopla — la escena pasa a orillas del Bósforo azul y verde, irisado de matices de rosa carmínea — con lady Falkland, al acompañarla en sus paseos en caique, al recorrer con ella, amistosamente, los barrios pintorescos de Stambul, el amor se despierta, y en una naturaleza romántica, toma el carácter de pasión, reconcentrada, muda, que envuelve el don de la vida.

Y mientras él guarda como un tesoro su secreto, otro hombre, más osado porque no ama, se le adelanta: es el cómplice de lord Falkland, un vividor probablemente arruinado por los vicios y el juego, que, ofreciendo protección a la perseguida dama, la hace suya.

\* \*

Más frecuente es de lo que se piensa esta clase de error de la mujer, que no sabe (ni puede, a la verdad) discernir, a simple vista, y elige lo peor, pues cabe peor en todo.

Y no es esta la más grave equivocación que sufre la mísera lady Falkland (muy bien creada por María Guerrero). Aun después de que el puñal del marqués la venga, la salva y la hace libre, no sabe adivinarlo: cree que debe su salvación al príncipe, y así lo proclama en presencia del mismo marqués de Sévigné.

La desilusión que éste sufre es cosa natural, es el último rasgo de su figura; y no perdonará a la mujer amada que no haya sabido percibir que sólo un hombre, entre los que la rodean, fuera capaz de tal «gesto». No se lo perdona, y no cabe que aquellos dos seres rectifiquen su destino. Lady Falkland se irá sola por el mundo, y el marqués entrará en la vejez, sin haber disfrutado un minuto la dicha que ha logrado entrever un instante.

Este drama íntimo de un alma es cien veces más digno de interés que el truculento drama del asesinato, pero toda la obra está llevada con sumo arte y habilidad escénica, y, por supuesto, vestida y presentada del espléndido modo que se acostumbra en los dominios de María y Fernando.

\* \*

Mientras suspenden el ánimo estas fábulas bien tejidas (aunque no sin efectismos, lo confieso), no se acuerda uno de lo que pasa por el mundo, y eso va ganando.

Porque pasan cosas bien tristes y espantables. Y cosas anónimas, que es más.

Siquiera antaño conociáramos, como si hubiésemos vivido cerca de ellos, por su popularidad, a los jefes que guiaban a los combatientes, y oíamos los ruidos, los ecos de la lucha.

Hoy son masas, ingentes masas de hombres, que se aplastan y se destrozan en silencio, en el fondo de una trinchera, entre nieve, cieno y terrones desprendidos. Nunca se vió guerra más inmensa, y nunca más oscura, mate y sorda.

Sólo las bombas y los zepelines la amenizan un poco...

Sus consecuencias son la esfinge, el enigma tebanico del porvenir.

No creo que nadie atine a vaticinar cosa alguna, con probabilidades de acierto; lo cual no quita para que salgan profetas espontáneos, afirmativos y originales.

Tiene esta guerra el don de encender los ánimos

y provocar las disputas, aquí donde la conservación de la neutralidad debiera ser un dictado del instinto de conservación. Se ha hecho de esta guerra encarnizada cuestión política; en eso ha degenerado, y no hay un movimiento sincero del ánimo, sino finalidades, ardidés y segundas intenciones.

A pesar de las contingencias terribles que nos acarrearía la ruptura de la neutralidad, no falta quien tenga el incomprensible valor de desdeñarlas, y hablar de auxilios, intervenciones, y ¡hasta conquistas! ¡Por Dios, llamen inmediatamente a un cerrajero, que nos forje una llave grande, recia, o moderna, chiquita, de estilo muy contemporáneo, con la cual cerremos herméticamente el sepulcro del Cid Campeador! ¡Porque ahora nos conviene mucho que no se alce el de la velida barba, cerrado el puño, tizona en ristre, para ensanchar a Castilla!

¡Sí; ¡el asunto ha adquirido, no un color, sino los varios colores de las simpatías políticas de cada quisque!

\* \*

Hay quien supone que, de triunfar Alemania, restauraría aquí la Santa Hermandad, la Inquisición, los golillas y los mayorazgos; hay quien entiende que, de triunfar los aliados, se establecería en España el pacto signalagmático bilateral, el falansterismo, y no quedaría un cura para un remedio. *Trop d'imagination*. ¡Siempre montados en Clavileño, y siempre esperando de afuera lo que sólo de dentro puede venir en condiciones de viabilidad!

España se ha forjado sistemáticamente estas ilusiones. En 1808, había partidarios de las nuevas ideas, que todo lo esperaban de las tropas de Napoleón. Pocos años después, también se esperó de tropas francesas lo contrario exactamente. Hasta en los rusos fiábamos, y por eso cierta canción liberal rezaba:

Dicen que vienen los rusos  
por la esquina del Cantón,  
y los rusos que venían  
eran sacos de carbón.

Las candidas esperanzas fundadas, cuando perdimos las colonias, en auxilios y arbitrajes, no hay que decir cómo se desvanecieron.

La historia marcha, pero no en un sentido rectilíneo, sino mil veces haciendo zigs-zags y mordiéndose la cola como la serpiente de Vico.

\* \*

Y los grandes pueblos enzarzados ahora en tal y tan grave contienda, ¿qué sabemos cómo saldrán de ella, sean vencidos o vencedores?

He oído acerca de este punto concreto hipótesis que no concuerdan con la opinión general y superficial.

Según estas suposiciones (de las cuales no me hago solidaria), después de la paz, Alemania será el país de las libertades civiles más amplias y de orientación más democrática, y en Francia se restaurará la noción de autoridad, como ya se ha restaurado el patriotismo, esto ya antes del conflicto, por un impulso de sentido común y por una ley defensiva, cuyos efectos se imponen...

Crear que todo va a quedar como antes (salvo tal vez en Inglaterra, que es el país donde la capa de tierra vegetal es más honda, y por consiguiente, van más profundas las raíces de los árboles) sería peregrina suposición. Cambios, y enormes, tiene que producir esta convulsión tan duradera y tan terrible.

Hay, contenidas en ella, muchas lecciones, y lecciones fáciles de aprender, porque los pueblos van siendo mayores de edad.

Una transformación germina sobre los campos de batalla, o por mejor decir, dentro de los fosos y trincheras ensopados de sangre, donde tiritan millones de seres humanos.

Algo *deviene*, digámoslo con un galicismo. Por eso es prematuro cuanto cavilen nuestros políticos de Congreso y olla.

Por eso quizás no es oportuno hacer demostración alguna, ni germanófila ni francófila.

Ello dirá....

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

AMOR AVENTURERO, POR FEDERICO TRUJILLO, dibujo de Carreres



En aquellos instantes no era más que el escritor que examina un tipo

Cerca de mí quedó la gitana invitándome a escuchar la buenaventura. Volví la vista hacia ella y quise contemplar aquel cuerpecito de niña con rasgos de mujer, pero no pude: sólo atraían mi atención sus ojos velados por la tristeza, aquellos ojos que a intervalos despedían trágicos fulgores. No se parecía en nada a esas gitanas sucias y haraposas que reco-

ren, mendigando, los sitios de holgorio y de jarana, pues notábase en ella mucho acicalamiento en el vestir y más aseo en la persona, y su carne joven olía a primavera, a rosas de mayo, a lilas tempranas.

Algunas veces, cuando imploraba, tenía la dulce figura de una santa bizantina; otras, cuando sonreían y temblaban sus labios voluptuosos y sus ojos brilla-

ban como dos luceros en la negrura de una noche estival, era semejante a Cleopatra, sublime en sus pecados y en su amor.

La gitanilla aparentaba tener unos dieciséis años, revelando los infantiles contornos de su rostro una inteligencia privilegiada. En espera de respuesta fijaba en mí sus ojos como tratando de penetrar más

allá de mi frente para descubrir mis pensamientos.

Empecé mi observación: en aquellos instantes no era más que el escritor que examina un tipo. La aventurera pareció comprender mis intenciones, y mirando fijamente el mandilillo que estrujaba entre sus manos, escondió sus pupilas bajo el negro dosel de sus pestañas. Su aire melancólico, su carita morena, dejábanme entrever la protagonista de una novela por comenzar, tal vez de un drama en el que quizás tomara parte con secundario papel.

Llevado de la curiosidad quise conocer su historia; me la contó. Era una historia triste como la canción de un camellero árabe. Se llamaba Milagros y nació en Granada. Fueron sus padres una gitana del Albaicín y un aventurero de Hungría, y por sus venas aun surcaba la sangre de las almeas coptas. Sin más patrimonio que su voz iba por el mundo siguiendo la ruta de su tribu en compañía de sus progenitores: dos seres egoístas y codiciosos que la golpeaban con fiereza, haciéndola trabajar en las faenas más rudas.

Todos sus hermanos, que eran muchos, se habían emancipado: sólo quedaba ella, víctima de la agria vejez de sus mayores.

Andando por los estudios de los pintores célebres donde servía de modelo, adquirió hábitos de señorío, un odio y un desprecio profundos a los de su casta: aquella canalla sucia y cruel que la trataba de un modo bárbaro.

Impresionado por el relato me despedí, dejando entre sus manos una moneda de plata. Yo me quedé pensativo, mientras ella se alejaba entonando una de esas coplas que tan bien reflejan el sentir popular. Fué una copla dolorosa y plañidera, fué un cantar afligido que murió en la lejanía, dejando en mi alma el perfume de una deleitosa tristeza, de un suave sentimiento amoroso.

Al día siguiente busqué a mi gitana y hablamos como dos buenos amigos. Esta escena se repitió muchas veces en el tiempo que duró la estancia de la tribu.

Las simpatías se convirtieron en amor. Yo amaba a Milagros, pero mi pasión no era grande, sincera como la de ella. En mi espíritu no había más que una gran vanidad disfrazada por mis sutiles argumentos de poeta. Me halagaba ver la envidia de mis compañeros de arte: los poetas, los músicos, los pintores, toda la gama de aquel pequeño mundo de bohemios, de locos geniales, más atentos a la vida espiritual que a las exigencias de las prácticas mundanas. Y conjunta a esta vanidad mía, hallé también un ansia de arte, de perfección terrena, en su imagen que trajo a mi mente el recuerdo de Andalucía.

Por un prurito perverso buscaba su alma, hacía autopsia de su espíritu infantil, destrozando su corazón de niña para sorprender a la hembra pasional con todas sus veleidades y arrebatos. El amor de Milagros hacia mí era callado y sublime: un amor verdaderamente espiritual, y en él ponía todas sus ilusiones de mujer niña y por él luchaba contra la enemistad de la tribu y rencor de sus padres.

Todas las noches, salvando mil obstáculos y contratiempos, acudía al lugar de la cita y, sin embargo, no éramos amantes. Una fatal casualidad cortó nuestros coloquios por algún tiempo. Paolo, un gitano nacido en el Tirol, fiero como un tigre, que amaba a Milagros con un amor sombrío y bestial, nos sorprendió hablando una tarde en la penumbra de un bosquecillo de álamos, que era nuestro refugio. Yo no llevaba armas, él sí. Silencioso y trágico, avanzó hacia mí con su cuchillo de monte en la diestra: yo me apresté a la defensa con mi bastón, frágil obstáculo para la cólera de mi rival. Entonces, ella me gritó: «¡Por Dios, huye!», y con una fuerza impropia de su edad y de su cuerpecito delicado, detuvo al tirolés, mientras yo huía de aquel sitio, dejándola en las garras de hombre de tan sanguinarios instintos. En mi carrera me detuvo un grito desgarrador. La voz era de Milagros. En una venta próxima encontré a un guarda jurado; volví sobre mis pasos y cuando estuve en el lugar de nuestras citas, sólo pude ver, en el suelo, unas ramas desgajadas del seto inmediato y unas gotas de sangre salpicando aquí y allá la arena de los senderos hasta perderse en lo intrincado del bosque, ocultas por la alfombra del césped en toda su lozanía. Un calorífico de terror heló mi frente. Inquirí, averigüé, fué en vano: la di por muerta. Entre aquella gente maleante que vivía fuera de la ley, era difícil averiguar la verdad.

Permanecí en mi estudio algunos días triste y caviloso, pero pronto el regocijo de la bohemia dorada — una bohemia aristocrática y risueña, que olía a violeta de Parma y se coronaba con rosas y laureles de los andaluces pensiles — me hizo olvidar la trágica aventura de Milagros, que se esfumó en mi memoria

como un cuerpo entre las gasas de la niebla. Yo, el héroe de aquella moderna Sibaris, igual que Lúculo necesitaba para mí el encanto de Myrrha, la hetaira encantadora; evocando al gentil Petronio busqué mi Eunice, y persiguiendo esta mariposa de ilusión, sólo encontré una Mesalina despiadada.

Se llamaba Luisa. Sus ojos eran azules, azul de gloria que ocultaba las negruras de su alma pérfida; su nariz era pequeña y graciosa; su cuerpo, digno de ser modelado por Praxiteles, parecíase al de las vírgenes dorias: labios de fuego, pies y manos de infantina, y una perenne sonrisa aleteando sobre el rojo y aromático clavel de su boca.

Pero Luisa era cruel coqueta y sólo buscaba en el amor las delicias del triunfo. Sabía jugar los ojos unas veces con timidez encantadora; otras, aparentando una suave y elegante melancolía; las más, poniendo en ellos toda la ingenuidad de una niña pura y candorosa. Reía en escala cromática, enseñando sus dientes de brillante y limpio esmalte, y contrayendo la barba para dejar ver un hoyito blando y diminuto.

Y así como Milagros era la sencillez, la pureza, la flor de jara que encontré en las zarzas del camino, llena de mieles y perfumes, Luisa fué para mí la espina oculta en el bouquet delicioso, entre flores, sedas y gasas, porque no tenía un sentimiento puro, más religión que la vanidad, ni otra fibra sensible que su amor propio satisfecho. Semejante al río, al parecer inmóvil, que oculta la corriente invencible o el remolino traidor, su alma se escondía en su cuerpo de diosa como el áspid en los rosales del Cairo.

¿Amar?... ¿No era ella digna de ser adorada sin esperanza al premio de su amor? ¿No era la diosa que pasaba ante los mortales en carro triunfal, como Tullia sobre el cadáver de su padre; la reina que hería con la rueda del desprecio al esclavo que se humillaba a sus pies gozoso al encontrar así la muerte. Bajo un cutis de seda y encubierto por su mirada de ángel, me acechaba su espíritu cruel, como el puma entre la vegetación esplendorosa de la India.

Jugó conmigo lo mismo que una niña inconsciente con un muñeco de trapo; envenenó mi existencia, haciendo de mí con sus maldades un ser egoísta, sin entusiasmos ni ilusiones. Primero deleitó, perfumó, ilusionó y distrajo mi existencia; después me hizo apurar lentamente, deleitándose con mi sufrimiento, un cáliz de amargura: fué coqueta, falsa y traidora, y cuando ya me vió estragado y con el corazón hecho pedazos, me abandonó para siempre, dejándome por único recuerdo de sus amores el eco de su risa sarcástica, que retenía en mi cerebro como el caracol marino conserva el perenne murmullo de las olas.

Al verme solo lloré como un niño y apareció en mi mente la figura angelical de la olvidada Milagros, semejante a la Virgen en el Purgatorio. Sí, era ella: el arcángel salvador que venía a indicarme con su espada de luz nuevos derroteros de amor y de esperanza: la senda florida que tenía por fin el paraíso prometido. Desde aquel día, atraído por una fuerza misteriosa, cruzaba la ciudad, repasaba el puente y llegando al bosque de mis citas con Milagros, me detenía un momento: el movimiento de las ramas agitadas por el vuelo de algún pájaro; el suspiro del aire entre la fronda; el más ligero ruido, hacían latir con violencia mi corazón; y al final de las sendas, al través del follaje y en las gloriets solitarias, creía ver, alucinado, la celestial aparición de la enamorada gitanilla. Luego, conociendo mi insania, seguía mi camino hasta llegar a un cerro próximo, desde el que se divisaba el rancho de los aventureros, donde tal vez tuvo fin la existencia de aquella niña inocente que supo amar y morir. Entonces quedábame largo tiempo observando el bullir constante de la gitana muchedumbre, y conjuntas y antagónicas, surgían en mi mente las imágenes de mi verdugo y de mi víctima: los recuerdos de Luisa y de Milagros, haciéndome llorar unas veces la desesperación, otras, el arrepentimiento. Hasta que una tarde...

... Desde lo alto del Cerro de los Alamillos contemplé el abigarrado conjunto del rancho gitano que se aprestaba a la marcha después de aquel largo paréntesis en su vida aventurera, en su eterno caminar hacia lo desconocido.

Plegábanse las tiendas como enormes paraguas mugrientos. Aquí un gitanillo se empeñaba en vencer con su vara a un buche que no quería trabajar; más allá una viejecilla colocaba en cestos de junco o en grandes sacos de lona a sus nietecillos, unos rapaces de color tan obscuro que parecían de barro cocido; acullá dos hombres hercúleos levantaban los tripodes de cuyas cadenas pendían las calderas de cobre sucias y ahumadas. Unos enganchando los caballos a los carros de viaje; otros trabajan-

do sin tregua en distintos menesteres, todos, en fin, se apresuraban a poner en orden aquel arca de Noé: carneros, osos, micos y mulos, que confundían sus relinchos, sus rugidos, sus gritos inarticulados, con las voces de hombres y mujeres y el constante lloriqueo de los niños nómadas. Y casi a los pies del cerro, como señores de aquella chusma sin galera, con grandes chaquetones de húngaros de circo, polainas de cosaco, barbas frailunas y sombreros de cow-boy, los jefes del hampa errante daban órdenes a la tribu, rebelde al mandato, a las leyes de la sociedad, pero obediente al gesto imperativo de sus patriarcas.

Atento estaba yo a este cuadro pintoresco, cuando se acercó a mí un rapacillo de la gitanería y me dijo:

— Señorito, Milagros me manda a decirle que ya está bien, que le aguarda esta tarde en la glorieta del Ángel, en el banco que hay a la vera de los tilos.

Mi sorpresa no tuvo límites. ¡Milagros! ¿no había muerto?

Di una peseta al muchacho, que marchó alegre y saltarín, y yo, prevenido por si todo era una traición del vengativo Paolo, me presenté en el lugar de la cita.

Era ya cerca del obscurecer y el sol, como una llama roja, desaparecía en el horizonte. Milagros llegó, y sentándose a mi lado, sin hablarme, estuvo gimmiendo unos instantes. Mostraba gran empeño en cubrir su rostro con su abigarrado mandilillo. Procuré consolarla con frases cariñosas, y cuando por fin pude dominar su angustia, me dijo:

— ¡Mírame!

Y descubrió su rostro.

¿Qué vieron los ojos míos? Aquel rostro, antes seductor, lleno de encantos y perfecciones, aparecía cubierto de horrorosas cicatrices, y de sus ojos, aquellos ojos con los que me había mirado tantas veces, había perdido uno, de cuyo apagado resplandor daba muestras el otro, que parecía un lucero solitario, y me recordaba aquellos versos de un poeta sutil y galante a la duquesa de Evoli:

«Un párpado levantado  
mostraba negra pupila  
que con su fuego aniquila  
cuanto una vez ha mirado;  
y el otro cubre, caído  
como venda bienhechora,  
la pupila matadora  
que cerrada se ha dormido.»

Paolo, por un refinamiento de su crueldad, impulsado por un sadismo repugnante, destrozó el rostro con el cuchillo que debió hundir en mi pecho.

Al ver Milagros mi sorpresa y mi disgusto, lloró aún con más desconsuelo.

— ¿Verdad que estoy muy fea?, exclamó; ya no podrás quererme. ¡Dios mío, por qué no me dió en el corazón! ¡No me hubieras visto así!

Yo callaba sin saber qué contestar: mi egoísmo y mi vanidad de hombre me hicieron olvidar la gratitud que debía a la desgraciada aventurera. Esta, como si adivinara mi pensamiento, musitó:

— No tengas cuidado; en nada he de molestarte. Ahora, dentro de unos minutos, me voy con la tribu, no sé adónde... No nos volveremos a ver más. ¡Adiós! Como sé que has amado y has sufrido, te perdono. Por tu dolor juzgarás el mío... ¡Adiós!

En mi cerebro se entabló una lucha entre la vanidad y el agradecimiento; acababa de descubrir algo más hermoso que su cuerpo y que su rostro: su alma. Maltrecho y roto el vaso, había perdido su belleza; pero esparció en torno suyo el perfume oloroso de los bálsamos que guardaba.

— ¡Adiós!, volvió a decirme con ternura y resignación. Para que te acuerdes de mí, pero de mí cuando era bonita, toma este retrato mío, y si al verlo te preguntan: «¿Quién fué esta mujer?», cuenta una historia de esas que tú inventas y al final di que me he muerto... Vive con mi recuerdo, como yo viviré con la esperanza de que nos veremos en el cielo, donde sólo se ven las almas.

Y rechazándose dulcemente, se escapó de mis brazos y después se perdió en el fondo obscuro del camino. Abroquelado en mi egoísmo, la dejé marchar sin remordimiento alguno.

¡Linda morena de los ojos negros y el habla melosa y apasionada! Tú, que por mi vida sacrificaste la flor de tu belleza en aras de un amor sin esperanza, eres más espiritual y más artista que este pobre bohemio, que sólo supo tejer, en recuerdo tuyo, esta historia, en la cual tu figura sublime de mártir parece una quebradiza figulina de Sevres. Y tú, Amor, niño vendado, no olvides nunca que los perfumes de la mirra y del áloe se encierran muchas veces en pobres ánforas de barro, y los tóxicos sutiles en cajas olorosas de sándalo o de cedro.



La guerra europea. - Cañón francés emplazado en las fragosidades de un bosque



Las aldeas lacustres del Argona ocupadas por las tropas francesas. (De fotografías de M. Rol.)

## LA GUERRA EUROPEA

En nada se ha modificado la situación de los ejércitos beligerantes en Bélgica y en Francia. Como desde hace meses, los partes oficiales consignan diariamente duelos de artillería en distintos puntos del frente de batalla, con ventaja en unos para los aliados y para los alemanes en otros; tomas de extensiones de trincheras más o menos grandes; ocupaciones de posiciones sin más importancia que la que les da el empeño con que se lucha por tomarlas, y como resultado de todo esto, ligeros progresos de los aliados en las regiones de Perthes, Champaña y Argona, y de los alemanes en las inmediaciones de Iprés, Argona y Sainte-Menehould (Aisne), en donde han tomado tres líneas consecutivas de trincheras. No hay que decir que ha habido también continuos ataques y contraataques en los que cada uno de los combatientes se atribuye la victoria sobre el adversario.

En el teatro de la guerra oriental la lucha ha revestido mayor violencia, habiéndose librado batallas de relativa importancia. Según los rusos, los alemanes han evacuado Loewesallen, a 18 kilómetros al Norte de Pilkallen (Prusia oriental); en la región de Mlawa (Polonia septentrional), las fuerzas moscovitas han realizado un avance de mucha importancia, porque con él se amenaza al ejército del general Hindenburg, situado a la orilla izquierda del Vístula; en Borgimow (Polonia central), los alemanes, después de haberse apoderado de una línea de trincheras, se han visto obligados a evacuarla, perdiendo un sector considerable de trincheras y algunas ametralladoras y sufriendo enormes bajas; los rusos han pasado el río Bzura, tomando una parte de las posiciones enemigas y progresando en la región inferior de dicho río; en la izquierda del Vístula han rechazado los ataques alemanes; en Galizia han ocupado la importante línea Czarna-Ozonna, avanzando tan rápidamente, que los austriacos, en su retirada, perdieron armas y equipos y hasta picos y palas; y en los Cárpatos han emprendido una enérgica ofensiva que los ha hecho dueños de importantes alturas que dominan el paso de Dukla, habiendo hecho numerosos prisioneros y tomado cañones, morteros y ametralladoras.

Veamos ahora lo que dicen los austro-alemanes. En la Prusia oriental, todos los ataques rusos han sido rechazados; al Norte del Vístula, los rusos se ven obligados a retirarse; en el Bzura, fracasa un ataque de los moscovitas con grandes pérdidas por parte de éstos; al Este de Borgimow, los alemanes se apoderan de importantes posiciones y rechazan todos los ataques de los rusos para recuperarlas; los rusos han sido rechazados con enormes pérdidas en los Cárpatos y en la Bukovina, habiendo los austro-alemanes realizado notables avances en aquellas regiones, especialmente en los sectores central y occidental de aquella cordillera.

Según comunicados oficiales de Cetiña, capital de Montenegro, los austriacos han atacado



El archiduque Eugenio, recientemente nombrado general en jefe del ejército austro-húngaro que combate contra Servia. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

al ejército servio que opera en la Herzegovina, pero fueron rechazados con numerosas pérdidas, y han bombardeado los fuertes montenegrinos de Goradza y Grabovitz.

Las escaramuzas ocurridas en las inmediaciones del Canal de Suez, de que dimos cuenta en la crónica anterior, revistieron, según parece, mucho mayor importancia de lo que hicieron suponer los primeros despachos; fueron una verdadera batalla en la que tomaron parte 12.000 turcos provistos de seis baterías, y un ejército británico compuesto de ingleses, egipcios e indios, y durante la cual dos buques de guerra franceses, el guardacostas *Requin* y el crucero *D'Entrecasteaux*, contribuyeron con el fuego de sus cañones a la defensa del canal, apagando el fuego de las baterías enemigas y poniendo en dispersión nutridos grupos de soldados turcos. Éstos dejaron en el campo 400 muertos y perdieron 500 prisioneros, tres ametralladoras y algunos camellos cargados de municiones; se calcula que el número total de sus bajas ascendió a 2.400 hombres. Los ingleses tuvieron 19 muertos y 93 heridos.

El día 2 de este mes, el Almirantazgo alemán publicó una nota oficial notificando que emplearía toda clase de medios de guerra para dificultar los transportes de tropas y material desde Inglaterra a Francia; avisando, en consecuencia, a los barcos neutrales que evitasen las costas francesas del Norte y del Oeste, porque corrían gran riesgo de ser confundidos con los destinados a operaciones de guerra, y aconsejando a los buques destinados a los puertos del Mar del Norte que siguieran la ruta por Escocia. Añade esta nota que a partir del 18 de este mes, se procederá a la destrucción de cualquier barco enemigo, sin que sea posible responder de la vida de la tripulación y de los pasajeros; y que a iguales contingencias se verán expuestos los barcos pertenecientes a naciones neutrales vistas las disposiciones tomadas por las autoridades británicas tocante al abuso que permiten hacer de los pabellones neutrales.

Para justificar estas medidas, el jefe del Estado Mayor de la Armada alemana, von Pohl, ha publicado una memoria destinada a los países aliados de Alemania, a los neutrales y a las potencias enemigas, y en la cual señala las contravenciones, en su sentir, cometidas por Inglaterra contra declaraciones y acuerdos internacionales a fin de paralizar el comercio legítimo de los neutrales y atacar a Alemania en tales términos, lo que obliga a Alemania a defender sus vitales intereses. A este efecto, con el mismo derecho que Inglaterra ha designado como teatro de operaciones la zona marítima que se extiende entre Escocia y Noruega, Alemania señala ahora como espacio beligerante el que comprenden todas las aguas que bañan las costas de la Gran Bretaña e Irlanda, incluso el Canal de la Mancha.

Esta determinación, que el ministerio de Negocios Extranjeros inglés califica de piratería, ha levantado grandes protestas no sólo en las naciones beligerantes, sino también en muchos



Campamento de artillería francesa en la región del Voevre. (De fotografía de Rol.)



Soldados rusos defendiendo la entrada de una aldea

países neutrales. El propio ministerio, sin embargo, ha confesado implícitamente que Inglaterra ha autorizado a sus barcos para enarbolar un pabellón neutral, diciendo que el uso de este pabellón se puede practicar con ciertas restricciones como ardid de guerra. Y precisamente ésta ha sido una de las principales causas de la resolución adoptada por Alemania.

El archiduque Eugenio, cuyo retrato publicamos en la página anterior y que ha sido no hace mucho nombrado general en jefe del ejército austro-húngaro que combate contra Serbia, goza de gran prestigio en la corte y en el ejército por su brillante carrera militar, por su valor y por su inteligencia. Nació en Gross-Seelowitz el 26 de mayo de 1863 y es hermano de S. M. la Reina Doña María Cristina de España. Es gran maestro de la Orden Teutónica, jefe efectivo de los regimientos 4.º y 41.º de Infantería, jefe honorario del regimiento de Coraceros prusianos n.º 3, caballero de la Orden austriaca del Toisón de Oro, de la del Águila Negra de Prusia y de la de los Serafines de Suecia. Antes de la guerra era inspector del Ejército y comandante general de la defensa del Tirol y del Vorarlberg.

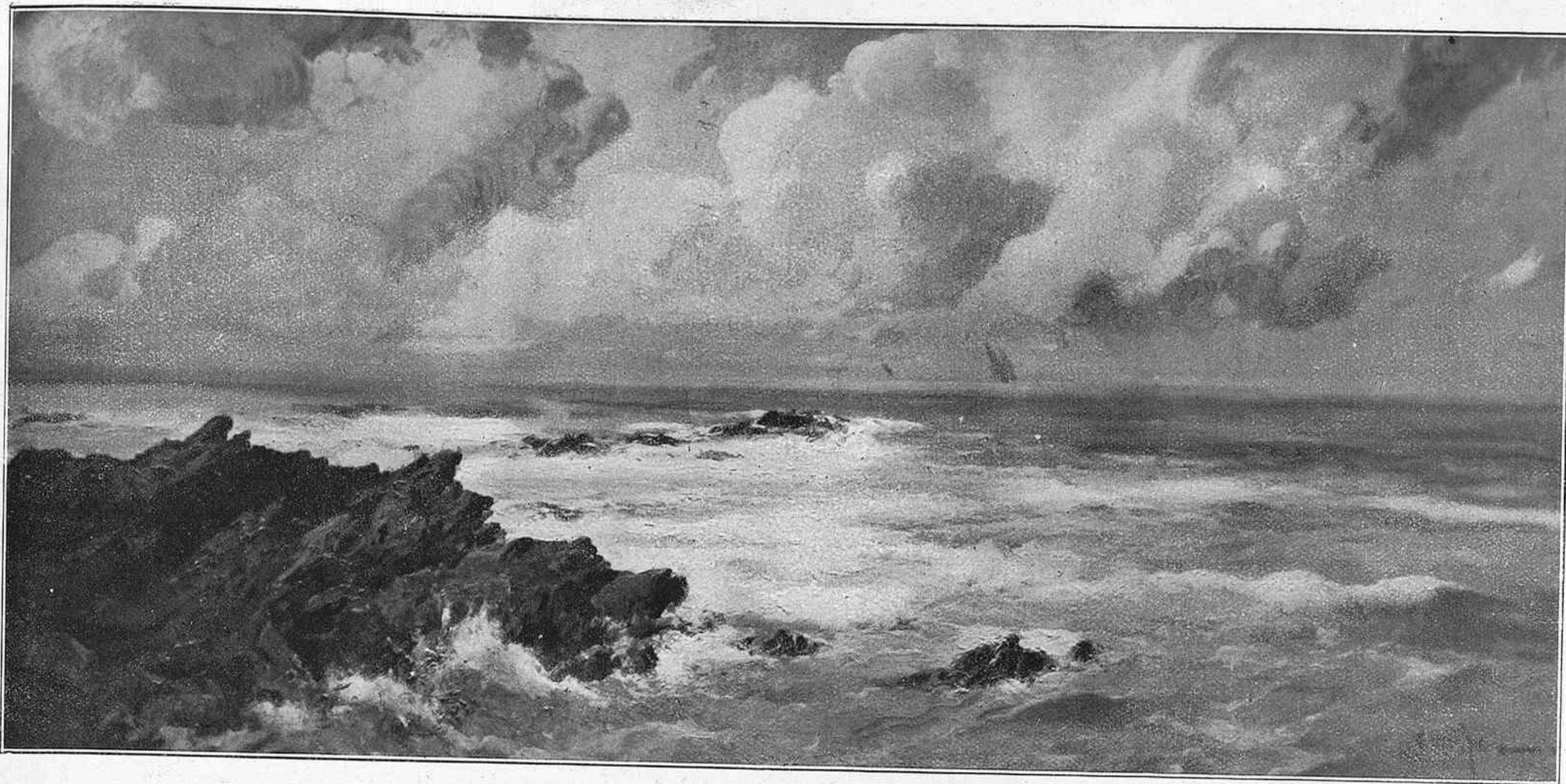


En los Cárpatos. - Artillería rusa disponiéndose a tomar posiciones. - En el círculo, oficiales rusos, en Galicia, observando el resultado de los tiros de la artillería (De fotografías de Chusseau-Flaviens.)



ANTES DEL DEBUT, cuadro de N. Gradi. (Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Múnich.)





MARINA, cuadro de Eliseo Meifrén. (Salón Parés. - Fotografía de F. Serra.)



ANTE EL ESPEJO, cuadro de C. M. Orchardson. (Reproducción autorizada por los Sres. Cassell y C.<sup>a</sup> de Londres.)

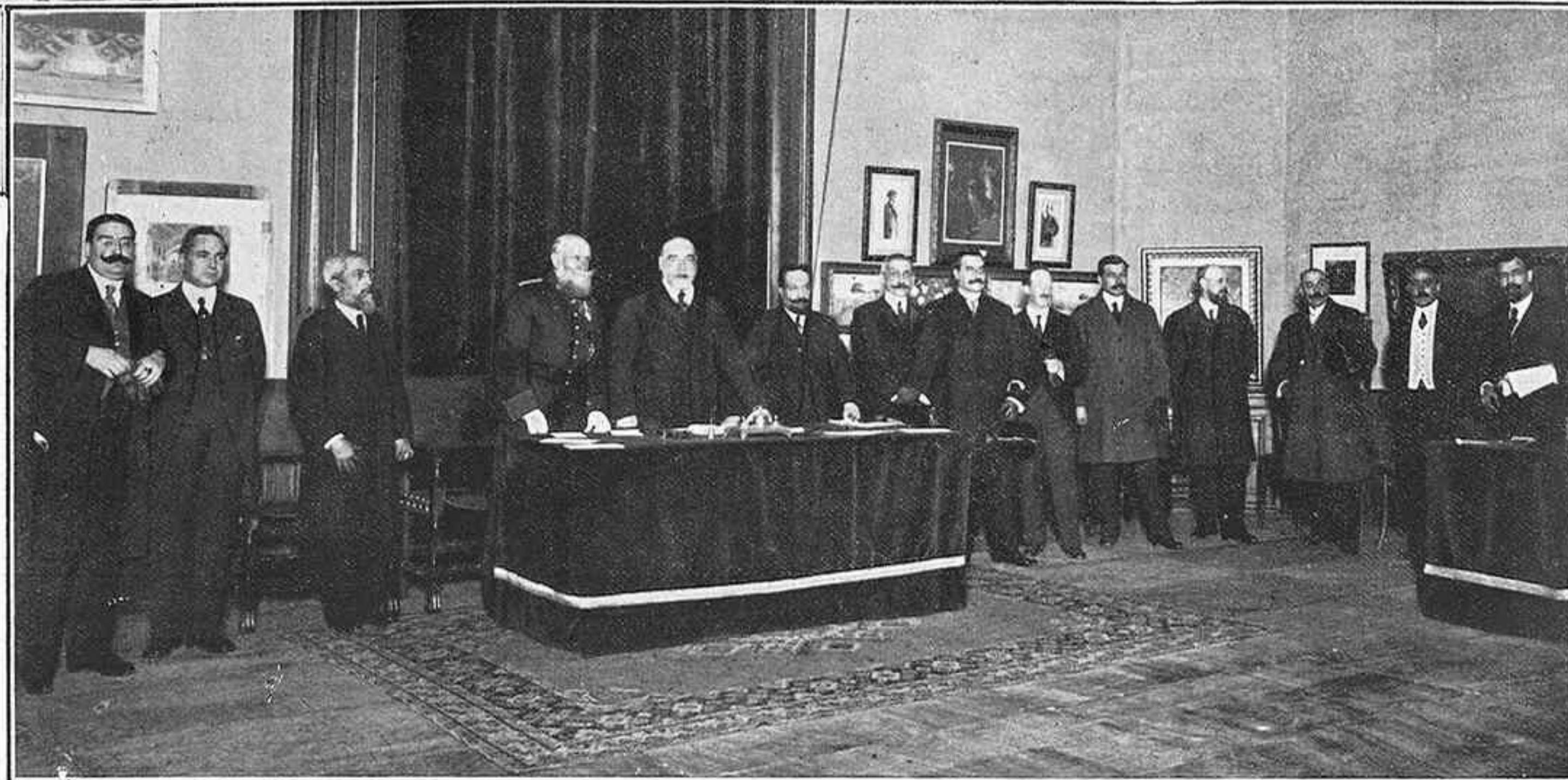


Barcelona. - Congreso de la Prensa no diaria. Vermut de honor ofrecido a los congresistas en el Mundial Palace

BARCELONA. - CONGRESO DE LA PRENSA NO DIARIA

En esta ciudad se ha celebrado durante los días 8 a 11 de este mes el primer Congreso Nacional de la Prensa no diaria, al que han concurrido muchos y muy distinguidos periodistas de las más importantes capitales de España.

La sesión inaugural, que se efectuó en el Salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes, fué presidida por el gobernador civil Sr. Andrade, en representación del ministro de Instrucción Pública, habiendo ocupado además la mesa presidencial el alcalde Sr. Boladeres y delegados del capitán general, del presidente de la Diputación provincial y del rector de la Universidad y los individuos de la comisión organizadora.



Sesión inaugural celebrada en el Salón Reina Regente del Palacio de Bellas Artes. (Fots. de nuestro reportero Merletti.)



Madrid. - La señora Cobefia y los Sres. Borrás y Gozávez en una escena de *La otra vida*, drama en tres actos de José López Pinillos, estrenado con buen éxito en el Teatro Español.

Abierta la sesión por el Sr. Andrade, el secretario leyó una bien escrita memoria detallando los trabajos realizados por la comisión organizadora y la lista de los temas presentados y a continuación el Sr. López Canto, redactor de *La Voz de Fer-*

nando Poo y presidente de la comisión organizadora, pronunció un elocuente discurso dando las gracias a cuantos habían prestado su concurso al Congreso y haciendo votos porque el Congreso próximo no sea solamente de periódicos no diarios sino de toda la prensa.

En las sesiones generales y de comisiones, se han discutido importantes temas, habiendo sido presididas dos de aquéllas por S. E. I. el arzobispo de Tarragona Dr. López Peláez.

En obsequio a los congresistas se han celebrado algunos agasajos, entre ellos un vermut de honor en el Mundial Palace, un banquete en el Tibidabo, una recepción en el Ayuntamiento y funciones de gala en los teatros Principal y del Liceo.

MADRID

NOVEDADES TEATRALES

Se han estrenado últimamente con muy buen éxito en los teatros matutinos *La otra vida*, drama en tres actos de López Pinillos; *La loca aventura*, comedia en tres actos de Flers y Caillavet, traducida por los señores Cadenas y Gutiérrez Roig, y *Una buena muchacha*, comedia italiana en tres ac-

de un pistoletazo a su infame cuñado. El padre de Elena, para poner a ésta a cubierto de toda sospecha, urde una piadosa mentira y desde aquel momento el padre de Ramiro siente una repulsión hacia el que supone asesino de su hijo, hasta que más tarde conoce toda la verdad de la horrible tragedia y comprende cómo la muerte de Ramiro salvó el honor y la dicha de todos.

Este argumento, como se comprende fácilmente, da lugar a escenas emocionantes, que interpretaron con grandísimo acierto Carmen Cobefia, Enrique Borrás, Tatay, Muñoz y Gozávez.

*La loca aventura* es una entretenida comedia que en el último acto entra de lleno en los dominios del vodevil y en la cual están perfectamente ponderados el elemento sentimental y el cómico. La aventura que da título a la obra es la fuga de una linda muchacha que, momentos antes de casarse con un hombre a quien no ama, se escapa con un antiguo novio; los furtivos se refugian en casa de la abuela de la novia, la cual los recibe creyendo que el acompañante de su nieta es su legítimo esposo. Esta equivocación da

lugar a muy graciosos incidentes; al final todo se descubre y se arregla satisfactoriamente.

En la ejecución de *La loca aventura* han obtenido muchos y muy merecidos aplausos las señoritas Pérez de Vargas, Riquelme y Carbone, las señoras Alba y Martínez y los señores Bonafé, González, Zorrilla, Romea y Asquerino.

La obra de Sabatino López es una comedia bellísima, delicada, hondamente sentida, con caracteres perfectamente estu-



Madrid. - La señorita Palou y el Sr. La Riva en una escena de *Una buena muchacha*, comedia en tres actos de Sabatino López, arreglada del italiano por los Sres. Fernández Lepina y Tedeschi, estrenada con buen éxito en el Teatro Eslava. (Fots. de nuestro reportero J. Vidal.)



Madrid. - La señorita Pérez de Vargas y el Sr. Bonafé en una escena de *La loca aventura*, comedia en tres actos de Flers y Caillavet, traducida al castellano por los señores Cadenas y Gutiérrez Roig, estrenada con buen éxito en el Teatro de la Comedia.

tos de Sabatino López, traducida por los Sres. Fernández Lepina y Tedeschi.

*La otra vida* es una obra de gran vigor dramático, escrita con sobriedad y brioso estilo y cuya acción mantiene constantemente el interés y la emoción del espectador. Ramiro, que bajo un exterior simpático oculta un alma perversa, siente envidia de la felicidad de su hermano Julio y se propone turbar su ventura conyugal robándole el amor de su esposa. Elena, que así se llama ésta, revela a su suegro los propósitos de su hijo y el indignado padre promete hacer partir para América a Ramiro; pero Ramiro acecha cobardemente una ocasión y entra de noche en las habitaciones de Elena, la cual por defender su honra mata

diados, y en la que la acción se desarrolla lógicamente en escenas sobriamente trazadas que avalora un diálogo fácil, exento de fraseologías y de efectismos.

Cristina, mujer galante, en quien el lujo y los placeres no han destruido el sentimiento de la dignidad y el ansia de respeto y consideración, quiere evitar a toda costa que su hermana Elena siga por los mismos escabrosos derroteros que ella ha seguido, y a conseguir este resultado dirige todos sus esfuerzos.

Después de una lucha durísima, Cristina triunfa, salva a Elena de todas las asechanzas y logra asegurarle un porvenir honrado; para ello no vacila en sacrificarse, dando por esposo a su hermana al hombre a quien ella misma ama como no amó a ningún otro.

Los artistas de Eslava han dado una excelente interpretación a *Una buena muchacha*: María Palou, Juana Manso, la señora Jiménez, y los señores García Ortega, La Riva, Alarcón y Mora han estado acertadísimos en sus respectivos papeles, habiendo contribuido mucho con ello al éxito de esta obra que, según opinión general de la prensa matritense, ha sido una de las mejores estrenadas en esta temporada en la corte.

## LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... inclinado sobre ella, seguía los menores movimientos de aquel rostro adorado

Siguió una refriega general, y Titolof se retiró, repitiendo en tono irritado:

— ¡Deberían prevenir! ¿Dónde encontraré yo mujer antes de la quincena de Pascua? Necesito estar en mi puesto antes de cinco semanas, ¡y casado! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Deberían prevenir! ¡Hase visto cosa semejante!

Juan Karzof, al oír aquel rosario de jermiadas, sacó la cabeza por la puerta de su cuarto que daba al pasillo, y contempló con aire plácido la derrota del aborrecido Titolof.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras el general

despedido, cogió su abrigo y sombrero; pero en el momento de salir, cambió de idea y entró en el cuarto de su hermana.

Antonina, que no había podido sostenerse en pie, se hallaba echada sobre un canapé; su bata acusaba la demacración que tan rápidamente había invadido a la pobre muchacha. Al ver a su hermano, le tendió la mano sonriendo.

— Han despedido a tu novio, dijo Juan... Pero se detuvo; su hermana se había levantado bruscamente, y agarrada al respaldo del canapé, le miró con espantados ojos.

— ¿Qué dices?, preguntó ella, sumamente oprimida.

«¡Ah! ¡Diablo!, pensó Juan; le habían prohibido las emociones... ¡Bah!, ésta no puede hacerle daño». Y continuó con más precaución:

— Mi padre acaba de decir a Titolof que estás enferma, y que, como al general le corre más prisa casarse que a nosotros separarnos de ti, busque mujer en otra parte. ¿Estás contenta?

— ¡Ah!, exclamó Antonina con un gesto desgarrador; ¡demasiado tarde!, ¡demasiado tarde!

A este grito, los padres, que se habían quedado

en el salón, sin sospechar la imprudencia de su hijo acudieron prontamente.

— ¡Perdón, perdón, padres míos!, exclamó Antonina; dudé de ustedes; creí que no me amaban bastante... ¡Perdón! ¡Qué he hecho yo!

Se retorció las manos y los miraba con ojos suplicantes, mientras caían gruesas lágrimas sobre su bata.

— Delira, exclamó la madre; pronto, un calmante..., sus polvos...

Abrió el cajón donde siempre habían puesto los medicamentos destinados a los hijos, y dió un grito.

— ¡Desdichada! ¡Qué has hecho!

— ¡Perdón, perdón!, dijo Antonina, dejándose caer otra vez sobre la almohada.

— ¿Qué hay?, preguntó Juan, acercándose, asustado.

— Los paquetitos de polvos están todos aquí; ¡no se ha tomado ni uno solo! ¡Desgraciada!, ¿querías morir?

Antonina, sin contestar, hizo una señal enérgica que petrificó de horror a todos los asistentes, una tos convulsiva sacudió su débil pecho; llevóse el pañuelo a la boca para ahogarla, y lo arrojó luego al suelo, manchado de sangre.

— ¡Ah!, dijo la señora Karzof juntando las manos, si hemos sido duros contigo, hija mía, ¡cuán severamente nos has castigado!

Antonina no contestó; ella también quedaba castigada.

## XIII

El día siguiente, a las once, el célebre especialista en enfermedades del pecho, el doctor Z\*\*\* se encontraba a la cabecera de Antonina. Su colega, cuya negligencia había tenido tan funestos resultados, estaba también allí, contrito y lleno de remordimientos, mientras la celebridad médica auscultaba minuciosamente a la enferma.

Cuando el ilustre práctico hubo terminado su examen, acomodó delicadamente a la pobre joven sobre la almohada y dijo sonriendo:

— Esto no será nada; un poco de paciencia y la curaremos. Es cuestión de seis semanas.

Volvió a sonreírle, le estrechó la mano, pidió papel para escribir una receta, y pasó al gabinete del Sr. Karzof con los padres y Juan. La Niania y el antiguo médico, que se habían quedado al lado de Antonina, le repetían estas palabras consoladoras.

— ¿Entonces, doctor, dijo el padre dirigiendo una tímida mirada al especialista, usted cree?..

Z\*\*\* se cercioró de que la puerta estaba cerrada, y dijo en voz baja:

— Es inútil engañar a ustedes; dentro de seis semanas habrá muerto.

— ¡Es imposible!, gritó la madre levantando el puño, eso no puede ser, Dios no puede querer...

— No haga usted ruido, señora, interrumpió el doctor; es una tisis galopante que no es posible detener; podemos aminorar sus sufrimientos, pero nada puede curarla. Si desea algo, complázcanla ustedes. No le nieguen nada; prométanle ustedes acceder a sus peticiones más extravagantes; no se verán ustedes jamás en el caso de tener que cumplir sus promesas.

Los viejos esposos lloraban silenciosamente, cogidos de la mano.

— Pero, doctor, dijo la madre procurando contener sus lágrimas; ¿cómo ha sido eso?

— Un enfriamiento mal cuidado; han dicho ustedes que no había tomado sus medicamentos; estaban bien indicados: ¿por qué no los tomó?

El padre y la madre se miraron como culpables sorprendidos *in fraganti*.

— Estaba triste..., murmuró la señora Karzof.

— ¡Oh! ¿Tristeza de amor? Esto suele suceder. Quieren morir, y cuando se arrepienten, ya no tiene remedio. ¿Está enamorada?

— Sí, dijo tristemente el padre.

— Pues ya saben ustedes lo que tienen que hacer, dijo el doctor.

Escribió una receta, redactó y firmó su consulta, y añadió antes de partir:

— Puedo equivocarme, nadie es infalible; llamen ustedes a otro facultativo; quizás encuentre el mal menos adelantado; yo no creo que la vida se prolongue más allá de seis semanas.

Cuando el médico se hubo marchado, ambos esposos siguieron llorando; el golpe que recibían era tan súbito, tan imprevisto, que se hallaban indefensos.

— Todos estos médicos mienten, dijo sollozando la señora Karzof; estoy segura de que eso no es verdad; tendremos otra consulta mañana; llamaremos a tres, ¿verdad, Karzof?

— Sí, sí, gimió éste. Voy a avisarlos en seguida. ¡Ah, mujer!, ¡qué desgracia! ¡Nuestra Antonina, tan hermosa, tan llena de salud hace un mes, cuando dimos el baile!...

— Hace seis semanas, corrigió su mujer, acostumbrada a rectificar los errores de su marido... ¡Estaba aún tan bien el día del Circo!..

— Ese día debió resfriarse... Su abrigo se le caía a cada instante, y, además, ¡iba tan ligeramente vestida!.. ¿Por qué no tomó los polvos?, dijo de pronto el padre consternado; hubiera curado en seguida. Se le dijo repetidas veces... ¿Por qué no quiso?

Esta última idea le atenazaba el corazón. Reinó en la estancia un lúgubre silencio. Juan se levantó de pronto y se dirigió hacia la puerta.

— ¿Adónde vas?, preguntó maquinalmente la madre.

— Voy a buscar a Dournof, contestó el joven esforzándose para dar firmeza a su voz.

Pero la fuerza le faltó; prorrumpió en sollozos, y se apresuró a cerrar la puerta tras sí.

Una vez solos, los dos viejos se miraron mutuamente y dijeron al mismo tiempo:

— ¡La culpa es nuestra!

## XIV

Juan encontró a su amigo trabajando. Era raro verle hacer otra cosa.

El rostro del joven Karzof estaba tan cambiado por el dolor, que Dournof le cogió ambas manos y lo llevó hacia la ventana para interrogarle mejor.

— ¿Una desgracia?, dijo en voz breve.

Juan se dejó caer en una silla, e hizo con la mano un gesto que significaba: Todo se ha perdido.

— ¡Cómo!, exclamó Dournof, ¿la casan a pesar de todo?

— No, contestó Juan; peor que eso.

Dournof retrocedió un paso, con los ojos espantados, y se apoyó en la pared.

— ¿No ha muerto, di?, preguntó en voz baja.

— No, exclamó Juan, pero se muere.

Dournof se pasó la mano por los ojos y se apoyó en la pared.

— Me lo temía. Ella lo había jurado.

Después del primer momento de estupor, se hizo referir lo que había pasado en casa de Karzof: la manera con que la enfermedad de Antonina, cuidadosamente disimulada por ésta mientras pudo, se había descubierto al fin; la acogida hecha a Titolof; la consulta del doctor Z\*\*\* y finalmente el permiso tácito de sus padres para la vuelta de Dournof a su casa.

— Si la dicha puede salvarla, tú la salvarás, dijo Juan en conclusión. A pesar de lo que dice el médico, no puedo imaginarme que mi hermana no tenga remedio. Apenas parece que está enferma, y sin sus accesos de debilidad y a veces un poco de sangre en su pañuelo, no se podría suponer que esté grave. Los médicos se equivocan a menudo... Si tú la hicieras revivir...

— Me despedirían otra vez, interrumpió amargamente Dournof, y darían Antonina a otro general. Conozco la sociedad, amigo mío. Tus padres no son mejores ni peores que el resto de la humanidad. Mientras tanto, son las almas selectas las que sufren. Vamos a tu casa.

Vistióse rápidamente, y los dos jóvenes tomaron en silencio el camino de la casa de Karzof. Al acercarse a la puerta, Dournof no pudo retener un gesto de cólera, y dijo:

— ¡Cuando pienso que salí de aquí hace apenas un mes, dejando a Antonina en la plenitud de la vida, y que ya es tarde!..

— Tú la salvarás, dijo Juan para confortar a su amigo, y creyendo él mismo en la eficacia de la alegría para curar a la enferma; te aseguro que el doctor se ha equivocado. Y si se ha equivocado, mejor, pues deberéis vuestra felicidad a su equivocación.

Entraron en la casa y pasaron al gabinete del señor Karzof.

Durante su ausencia, los dos viejos habían pasado por una ruda prueba. Después de la consulta, Antonina, fatigada, se había dormido, y la Niania, llena de esperanza, había corrido al lado de los amos para escuchar la confirmación de la buena noticia. Al enterarse de que las palabras afectuosas del doctor no eran más que un medio de ocultar a Antonina la gravedad de su estado, la vieja quedó aterrada.

— ¡Cómo!, exclamó; ¿no es verdad? ¿Y nuestra señorita se va a morir?

El llanto de la señora Karzof le respondió.

La estatura de la humilde criada pareció crecer de pronto.

— ¡La culpa es de ustedes!, dijo severamente; us-

tedes desobedecieron a las leyes de Dios que quiere que cada corazón sea libre de amar. Ustedes prefirieron el interés a la felicidad de su hija, y Dios se la quita; ése es su castigo.

— Niania, interrumpió el Sr. Karzof; tú pierdes la cabeza. ¿Cómo te permites hablar a tus amos?..

— Ese es su castigo, continuó la Niania sin inmuntarse; su hija no les había dado jamás ningún disgusto; no les daba más que motivos de orgullo y de satisfacción, y ustedes la afligieron sin motivo. ¡Que el muchacho era pobre! Es verdad. Pero reunía excelentes cualidades, era un joven de mérito y amaba a la señorita.

— La amaba por su dote, dijo la incorregible señora Karzof.

— No es verdad, replicó vehementemente la Niania; y usted lo sabe muy bien. Ofendió usted mortalmente a Antonina cuando le dijo esa mentira, y le destrozó el corazón; desde entonces no ha vuelto a tener alegría.

— Pero, exclamó la madre sin darse cuenta de que se defendía contra la acusación de su criada, debía decirlo. No debía callar y dudar de nuestro amor...

— Se lo dijo a usted, replicó la vieja, severa y casi amenazadora; durante semanas la imploró a usted todos los días a fin de que no la casase con el imbécil que usted había elegido para ella, una cabeza huera sin pizca de buen sentido en su pobre cerebro, mientras que ella amaba a un muchacho que tiene más talento y más razón en su dedo meñique que todos nosotros juntos. Le suplicó a usted que no la sacrificase, que tuviese piedad de ella... ¿Escuchó usted sus ruegos?

— No creía que fuese cosa seria, contestó la madre avergonzada de sí misma.

— ¡Esa es la defensa de ustedes! Pero ustedes tienen la culpa de todo. ¿Por qué no crió usted misma a su hija? ¿Por qué la contrarió en todo? Yo no soy más que una pobre campesina, pero yo sabía que ella hablaba en serio, y cuando me dijo: «¡Moriré!» sentí pasar sobre sus hombros el ángel de la muerte. Sí, continuó la Niania, mientras que los viejos inclinaban la cabeza bajo la verdad de sus palabras, Antonina ha cometido un gran pecado buscando voluntariamente la muerte; pero de ese pecado son ustedes los responsables ante el Señor, pues les había dado su alma a guardar, y no cuidaron de ella. Y nosotros, infelices, nosotros que la queríamos y que nada tenemos de que acusarnos acerca de ella, vamos a sufrir, y todo a causa de ustedes, porque prefieren el oro y las dignidades a la felicidad de Antonina.

Todas estas palabras entraban como otras tantas flechas en el corazón del padre y de la madre. Habían pecado por necedad, por ignorancia y por falta de precaución, pero la cruz que les caía sobre los hombros era muy pesada.

— ¿Y al joven, repuso la Niania, qué van ustedes a decirle? A él era a quien el Señor destinaba a Antonina, puesto que su amor era recíproco, y ustedes separaron lo que el mismo Dios había unido.

— Si Antonina vive, juro que será suya, dijo sollozando la señora Karzof.

— Lo juro, repitió fielmente su marido.

Llamaron a la puerta de entrada.

— Ve a abrir, Niania, dijo la señora Karzof, y si son personas extrañas, di que no estamos en casa.

La Niania, vuelta a su papel de sirvienta, fué humildemente a abrir la puerta. Eran Juan y Dournof. La vieja los hizo entrar en el gabinete y fué a prevenir a los esposos.

— ¡Qué pronto!, dijo la señora Karzof. Experimentaba cierto terror a la idea de presentarse ante Dournof. Le parecía que este joven iba a pedirle cuenta de la vida de su hija... En fin, secando sus ojos y procurando serenarse, entró. Dournof se levantó al verla y permaneció en pie, en actitud fría y respetuosa. La señora Karzof quería intimidarle y darle a comprender que, si volvía a su casa, era por la fuerza de las cosas; pero en presencia de aquella cara conocida, a la cual había hecho buena acogida durante tantos años, no pudo contenerse y se precipitó a su cuello diciendo:

— ¡Haga usted que viva y disponga usted de todo!

— Señora, no quiero más que a Antonina, sola, replicó el joven abogado.

— Sí, sin duda, pero procure usted que viva, mi querido Feodor; le queremos a usted como a nuestro propio hijo.

Dournof besó la mano a la señora Karzof y recibió un abrazo silencioso del padre.

— ¿Puedo verla?, preguntó en el acto.

— No está preparada, contestó la madre...; pero semejante alegría...

Calló y vaciló como para hablar, pero volvió a guardar silencio.

— No me atrevo, dijo ella al fin. Temo...  
— Niania se lo dirá, opinó Juan, Niania la conoce mejor que todos nosotros.

La señora Karzof dió un suspiro. Era muy duro para ella el oírse decir abiertamente que una criada poseía más que ella el corazón de su hija; pero esta humillación era también merecida. La Niania, avisada, fué a cumplir el encargo cerca de Antonina que acababa de despertar, y toda la familia, de puntillas, se reunió detrás de la puerta del cuarto.

— Tórtola mía, dijo la vieja, ¿qué quieres?  
— Tengo sed; dame algo que beber. Me siento mejor desde que he dormido.

Dió en torno suyo una mirada satisfecha y preguntó:

— Dime, Niania; ¿es verdad que Titolof partió y que no volverán a hablarme de él?

— ¡Vaya si es verdad! Ya busca mujer por otro lado; es que lleva prisa.

Antonina se sonrió. El verse libre de aquel odioso personaje era la primera etapa de la felicidad.

— En esta casa todo el mundo está dispuesto a darte lo que pidas, para activar tu restablecimiento. Todo lo que quieras, sin excepción. Por consiguiente, pide.

— ¡Oh, Niania, todo! No es posible. Hay cosas que no me concederían.

— ¿Por ejemplo?

Antonina se puso colorada. Aquel rubor pasó sobre su rostro como un resplandor fugitivo y se fijó en sus pómulos demacrados.

— ¡No me dejarían ver a Dournof!

— ¿Por qué no? Yo creo que sí. ¿Quieres que yo pruebe?...

— ¡Oh!, no, dijo la joven reteniéndola tímidamente, no...

— Voy a ver, insistió la criada acercándose a la puerta.

No hizo más que salir y volver a entrar.

— Va a venir, dijo desde el umbral.

— ¡Ah!, exclamó dolorosamente Antonina, entonces es que estoy muy enferma.

La señora Karzof recibió este reproche como una puñalada; pero aquel corazón de madre, tan tranquilamente indiferente la vispera, empezaba a medir su amor por la extensión de sus sufrimientos.

Dournof no pudo contenerse; entró, corrió hasta Antonina, y, arrodillándose a su lado, le dijo:

— Para siempre.

Ella le había cogido la cabeza entre ambas manos y le miraba con incredulidad.

— Para siempre, repitió Dournof; ¡eres mía!

Antonina apoyó su cabeza en el rostro del joven, cerrando los ojos, y cambiaron su primer beso.

La Niania cerró la puerta del cuarto y los dejó solos.

La familia Karzof lloraba en la estancia inmediata.

## XV

Durante los primeros días que siguieron a su reunión, los jóvenes creyeron haber conjurado la mala suerte, en aquella atmósfera de dicha y de paz, Antonina parecía reponerse; renunciando a todo, Dournof pasaba los días enteros a su lado y no volvía a su casa sino para descansar algunas horas. Las de las comidas eran para ellos las mejores del día, pues se ponían dos cubiertos sobre una mesa volante junto al canapé que Antonina casi no abandonaba nunca, y la Niania les servía a los dos solos, mientras la familia comía en el comedor.

A juzgar por el aspecto de la joven, nadie hubiera creído que su vida estaba amenazada. Su tez, siempre pálida, había adquirido una blancura mate; un ligero tinte rosado matizaba sus mejillas y no subía de color sino en las horas de fiebre; la tos no era muy penosa, pero las fuerzas no volvían. Todo el mundo creyó que el doctor Z\*\*\* se había equivocado, y la señora Karzof reunió a otros tres médicos para pedirles una consulta.

El resultado hizo caer a la familia de lo alto de sus esperanzas: Antonina no llegaría a la primavera.

En su desesperación, los padres declararon que todo aquello era estupidez o engaño, que su hija iba mucho mejor, y que los médicos eran unos «burros»; esta última opinión emanaba personalmente del señor Karzof.

El cuarto de Antonina era ahora el punto de reunión de toda la familia: allí se tomaban las decisiones, allí se encargaba la comida, allí leía Juan el periódico en alta voz, allí aportaba el Sr. Karzof su pequeña colección de noticias y chismes. Dournof traía flores, pero flores sin perfume, pues Antonina no podía soportar los olores pronunciados; los ami-

gos y amigas de la familia, prevenidos del peligro de la muchacha, y no pudiendo creer en él en vista de su hermosura radiante y, por decirlo así, transfigurada, venían en masa; trayendo cada cual alguna fruslería, algún pequeño recuerdo. En poco tiempo, mesas y estanterías estuvieron llenas de presentes, y hubo que aumentar su número.

El batallón sagrado había venido a la primera noticia del peligro; entre los jóvenes que lo componían se hallaba un estudiante de medicina, próximo a terminar sus estudios: si Dournof hubiera conservado algunas ilusiones, las habría perdido al ver la piedad afectuosa con que su amigo hablaba de Antonina, con qué bondad se prestaba a sus caprichos, y con qué mirada triste la seguía cuando no le miraba ella.

Sus jóvenes amigas también venían en masa; nunca se habían percatado, entre aquella risueña juventud, del puesto que ocupaba la personalidad de la señorita Karzof, casi siempre grande y austera, ni de los buenos consejos que había dado, ni de las penas que había endulzado con sus palabras y sus actos hasta el día en que se vió que la iban a perder. Cada cual quiso verla de nuevo al menos una vez, y a todos les hizo el efecto de que no la habían visto nunca hasta entonces.

Antonina recibía todos aquellos homenajes, todas aquellas muestras de ternura como la cosa más natural del mundo. Su cerebro, ya fatigado por tantas luchas y disgustos, se había debilitado un poco bajo el esfuerzo del mal invasor; no se dió bien cuenta de la afluencia de visitas sin cesar renovada que llenaba su cuarto, pero le era muy grato ver tantos amigos.

Aquella incesante afluencia de amigos y conocidos impedía que la dicha de haber recobrado a Dournof fuese demasiado violenta y peligrosa. Cuando se encontraban solos, después de un día lleno de distracciones, cuando la Niania, siempre silenciosa y triste, acercaba al canapé la mesita de comer, Antonina tendía la mano a su amigo, que inclinaba la cabeza sobre ella, a fin de ocultar a la enferma la expresión de sus ojos, y se abandonaba a los almohadones, murmurando:

— ¡Qué felicidad!

A la caída de la tarde, venía la fiebre; entonces los ojos de Antonina se animaban con un brillo facticio, y manchas rojas jaspeaban sus pómulos; la pobre criatura hacía proyectos para el porvenir. Se había hablado vagamente de un viaje al extranjero, para restablecer su salud.

— Tan pronto como llegue el buen tiempo, decía, marcharemos a Italia... Entonces ya estaremos casados.

Su mano acariciadora cogía la de Dournof que la apartaba sonriendo, con el corazón lacerado y el rostro contraído por la simulación que se imponía.

— Iremos a Florencia. Dicen que la cantidad de flores que hay en Florencia es inimaginable. No volveremos aquí hasta el otoño. Mamá nos arreglará un bonito piso en un barrio alegre y limpio. Mi cuarto de dormir será azul. ¡Me gusta tanto el azul! ¿Verdad, mamá, que me pondrá un mobiliario azul?

— Sí, contestaba la señora Karzof, azul celeste.

— Muy claro, con cortinas blancas, bordadas... Costará mucho dinero, pero no se casa una más que una vez, ¿verdad, papá?

El viejo Karzof murmuraba por lo bajo algo como un asentimiento, y salía sonándose con ruido en un gran pañuelo a cuadros, seguido por la mirada inquieta de su mujer.

Así transcurrieron varios días; Antonina esperaba siempre poder levantarse a la mañana siguiente, y la languidez de su mal la obligaba a permanecer echada; iba de su cama al canapé y del canapé a la cama todos los días, y aquel débil esfuerzo le parecía superior a sus fuerzas.

Una tarde, devorada por la fiebre, había estado sentada algún tiempo.

— Me encuentro mejor, dijo a Dournof, mucho mejor, ya lo ves. Quiero ir al salón, a dar una sorpresa a mis padres. Además, ¡hace tanto tiempo que no he tocado el piano!...

Se levantó, vacilante, y dió dos pasos, apoyada en el joven; pero en el momento en que volvía hacia él su rostro animado de una alegría infantil, palideció y se agarró a su hombro. Una tos cruel sacudió aquel cuerpo débil, y la infeliz se desmayó. Dournof la transportó al canapé; inclinado sobre ella, seguía los menores movimientos de aquel rostro adorado. Antonina dejó caer su pañuelo manchado de sangre.

— Es demasiado tarde, dijo ella con desgarradora expresión. Demasiado tarde. ¡Ay, amigo mío, qué caros pagaremos estos pocos días de felicidad!

La imagen de aquella felicidad que la muerte iba a arrebatarle debía ser el castigo de Antonina. La vida que iba a dejar se le hacía bella, para inspirarle sentimientos más amargos. ¡Tanta ternura, tanta ab-

negación, tanta facilidad para todo. Los obstáculos habían desaparecido como por encanto; todo no era más que un sueño dorado, el paraíso se abría ante ella... ¡Y había que renunciar a todos aquellos goces!

Antonina lloraba, con el rostro entre las manos. Dournof se inclinó sobre ella.

— No llores, le dijo, me destrozas el corazón.

La joven alzó sobre él sus ojos hundidos por el sufrimiento físico y moral.

— ¡En el momento en que todo se nos presenta tan bello, en que nada se opone a nuestra felicidad, ver que la vida se me escapa!... ¡Qué amarga ironía!

Dournof cubría de besos las pequeñas manos febriles de su prometida.

— Sin tu enfermedad, le dijo en voz baja, yo no estaría aquí.

— Es verdad, contestó ella con amargura; me hubieran casado con Titolof. ¡Ah!, exclamó la pobre muchacha; sin embargo, no soy mala. ¿Qué he hecho yo para sufrir tanto?

— Dios castiga a los que ama, dijo con voz grave la Niania, que acababa de entrar en silencio. Hiciste mal, hija mía, en poner la mano sobre ti misma. Cuando quisiste morir, ofendiste al Señor. Tu mal es el castigo que te envía.

— Pero curará, Niania, curará, repuso Dournof mirando a la vieja en actitud suplicante.

— No, dijo Antonina, no curaré. Dios no es un juguete de nuestros caprichos. Le pedí la muerte como un bien, y me la concedió...

Inclinó la cabeza sobre sus manos juntas y se absorbió en sus pensamientos.

— ¡Bendito sea su nombre!, dijo al fin. Yo sólo debo pensar en obtener su perdón.

Cuando Dournof se hubo marchado, cuando la muchacha estuvo acostada por la noche en su cama azul, llamó a su Niania que dormía en el suelo a su lado.

— Ruega conmigo y por mí, Niania, a fin de que Dios me perdone.

— ¡Pobre mártir!, pensó la vieja; has ganado el cielo.

Desde entonces, la Niania y su discípula hablaron del cielo todas las noches: una paz celeste bajaba sobre la joven. El día pertenecía a Dournof, a su familia, a sus amigos; la noche estaba reservada a la oración.

No fué sin recrudescencias de amargura, sin lágrimas, sin accesos de febril desesperación, como Antonina renunció a la vida. Más de una vez exclamó, alzando las manos al cielo.

— ¡No quiero, no quiero morir!

Cuando más resignada se creía, el amor a la vida se manifestaba en ella con más fuerza que nunca. Aquellas luchas gastaron sus fuerzas.

El doctor, a fin de prolongar algunos días una vida tan preciosa para todos, aconsejó llevarla al campo. Alquilaron una casa en Pargolow, en un sitio magnífico en que la vista reposaba sobre frondosos pinares. Si algo podía conservar las pobres fuerzas de Antonina era el aire balsámico de los árboles resineros.

A los primeros rayos del sol de mayo, partió, no para Italia, como había deseado, sino para Pargolow. Aquel trayecto de unas veinte verstas casi le costó la vida. Dournof, que la sostenía sobre su brazo, apoyada en almohadones, creyó más de una vez que no llegaría viva. Sin embargo, llegó al término del viaje. Al día siguiente, la vista del lago, de las colinas y bosques que lo rodean, el aspecto mágico de la verdura apenas naciente que empezaba a apuntar en las ramas de los sauces, toda aquella vida nueva que la primavera trae consigo le dió un poco de alegría. La enferma esperó vivir.

Paseando la vista por el paisaje, la fijó sobre un montículo que dominaba el lago y sostenía en su cúspide una capillita de madera.

— ¿Qué es aquello?, preguntó.

La pregunta imprevista no obtuvo respuesta: en torno suyo, nadie se atrevía a forjarle una mentira.

— ¡Ah!, exclamó ella recorriendo con la vista los rostros que la rodeaban; comprendo; es el cementerio. Me enterrarán ahí, cerca del lago, añadió, indicando la punta extrema, quiero que mi tumba reciba los últimos rayos del sol.

Todavía vivió un mes (más tiempo del previsto por la ciencia), sostenida quizá por el gran amor que tenía al que dejaba débil como un niño, y desamparado como un huérfano; de pronto, sus fuerzas declinaron.

— Escucha, dijo una tarde a Dournof, moriré mañana, estoy segura de ella. Ten presente que debes vivir por tu patria y por tus semejantes. Llegarás a ser rico y célebre; piensa entonces en mí, pues yo he renunciado a todo para obtener ese resultado. Te casarás...

(Se continuará.)

## VALENCIA. - LA RECOLECCIÓN DEL AZAFRÁN. (Fotografías de Barberá Masip.)



Recolección de las rosas de azafrán en el campo

El azafrán es una planta industrial, tintórea, aromática, condimenticia y medicinal, cuyas flores de color purpúreo violáceo contienen tres estigmas rojos y muy olorosos que, después de desecados, constituyen el azafrán del comercio. Cultívase en España esta planta en la Mancha, Alcarria, Murcia, Valencia, Aragón y en algunas localidades de Andalucía y Cataluña; resiste bien las temperaturas frías hasta los 15° bajo cero, requiere un terreno que no sea compacto ni húmedo en exceso y sufre poco o nada durante las sequías del verano, porque en esta época está suspendida su vegetación.

Se multiplica por bulbos que se plantan en otoño con el tallito hacia arriba, en surcos equidistantes

entre sí unos 20 centímetros y cuidando de que los bulbos queden en cada surco a unos ocho o diez centímetros unos de otros; y los únicos cuidados que exigen consisten en escardar un par de veces al año hasta que se procede a la recolección, que suele ser en septiembre u octubre, y que se efectúa por mujeres y niños, arrancando las flores y separando después los estigmas.

Para separar los estigmas, las roseras, que así se denominan las mujeres encargadas de recoger el azafrán, llevan a casa del labrador las flores recogidas y se



Transporte de la rosa. - Operación de monda de las rosas y separación de los mazos o estigmas que constituyen el azafrán



Operación de tostar el azafrán

pesa lo que cada una ha colectado. Lo primero que hay que hacer entonces es separar la flor de cada una de las cogidas para limpiarla por riguroso turno, porque lo más que puede resistir sin deteriorarse y sacar el azafrán son dos días, y para esto no ha de estar muy extendida ni muy amontonada. Se extiende la flor sobre una mesa larga, alrededor de la cual se sientan hombres, chicos y mujeres, teniendo cada cual a su frente una cazuela limpia y vidriada para ir echando en ella los *mazos* o sea los estigmas que constituyen el azafrán.

El tostado del azafrán es una operación importantísima de la cual dependen en gran parte las cualidades comerciales del mismo, y para la cual se reúne por tandas el azafrán obtenido. Para tostar el azafrán verde se emplea un barreño o cazuela-hornilla al que se denomina tostador, en cuyo fondo se colo-

ca una capa de ceniza y encima una capa de lumbre bien pasada y no muy fuerte, que generalmente es el resultado de quemar separadamente en el hogar una gavilla de leña. En esta disposición se coloca encima de la hornilla, tapándola, un cedazo ordinario, dentro del cual se pone bien extendido el azafrán. Cuando ya se ha desecado lo necesario por la parte expuesta al fuego, se coge otro cedazo y colocándolo encima del primero, se levanta de la hornilla y se vuelve el de arriba abajo, dejando caer dentro del segundo el azafrán contenido en el primero, quedando encima la parte del azafrán que se hallaba expuesta a la acción directa de la lumbre. Así que se ha desecado por la otra parte, se separa la hornilla y se envuelve en un trapo negro, que se guarda en sitio obscuro, pues la acción de la luz descolora el azafrán, lo que hace disminuir su valor en el mercado.

El azafrán tiene la propiedad de teñir el agua de amarillo, efecto de una materia colorante que los químicos llaman *policroíta*, la cual experimenta diversas coloraciones al contacto de varios reactivos, tiñendo de un medio color rojizo el alcohol; de modo que además de servir para la tintorería en general, iluminación de estampas, lavado de planos, colores a la aguada y con miel, es casi de universal uso y consumo como condimento. Además de entrar en varias composiciones alimenticias, sirve para la coloración de fideos y demás pastas, para el cual objeto se llevan grandes cantidades a las fábricas de Alemania y otros países; y en repostería y confitería para la coloración de bizcochos, cremas y demás dulces.

El azafrán entra en la composición del vino de opio compuesto o láudano líquido de Sydenham, y en otra porción de productos medicinales y farmacéuticos.

## LAS MIL Y UNA NOCHES

CUENTOS ÁRABES

TRADUCIDOS EN ALEMÁN DEL TEXTO ÁRABE POR

GUSTAVO WEIL

NUEVA EDICIÓN DE GRAN LUJO ILUSTRADA CON LÁMINAS IMPRESAS APARTE EN COLORES Y EN NEGRO, DIBUJADAS POR EL CELEBRADO ARTISTA ALEMÁN

FERNANDO SCHULTZ WETTEL

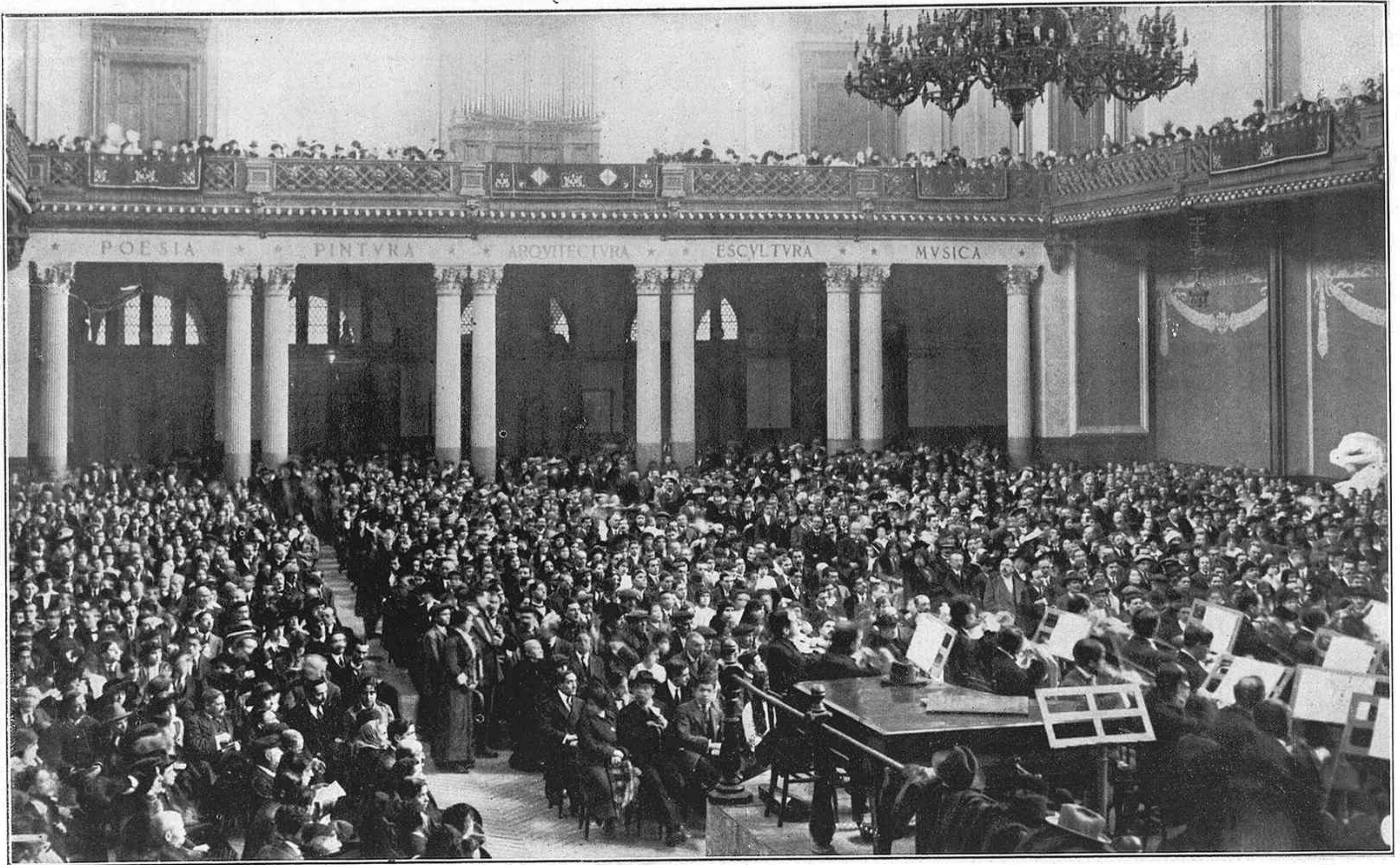
La traducción española, confiada a reputados escritores, ha sido hecha con el cuidado debido para que el libro pueda dejarse en todas las manos, conservando, empero, sus maravillosas narraciones con el mismo color oriental y el mismo pasional interés que han inmortalizado las hermosas ficciones de la bella Scheherazada.

Se remiten prospectos a quien los solicite de la casa editora Montaner y Simón, establecida en Barcelona, calle de Aragón, 255, o de los señores corresponsales de la misma.

Próximamente se pondrá en venta el tomo primero, ricamente encuadernado.



Scheherazada relatando sus cuentos al sultán Schahriar



Barcelona. - Festival celebrado en el Palacio de Bellas Artes a beneficio de la Cruz Roja de Alemania y Austria-Hungría. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Organizado por el Ateneo Tradicionalista de esta ciudad celebróse el día 7 de este mes en el Palacio de Bellas Artes un festival a beneficio de la Cruz Roja de Alemania y Austria-Hungría. El amplio salón, en cuyo testero se habían colocado las banderas de la Cruz Roja, alemana y austriaca, estaba completamente lleno de selecta concurrencia, en la que tenían numerosa representación las colonias de aquellas naciones. También las galerías hallábanse enteramente ocupadas y en la central presidía la fiesta el cónsul de Alemania.

En la puerta de entrada habíanse dispuesto unas mesas con bandejas, en las que cuantas personas iban entrando depositaban sus donativos.

El festival, cuya dirección artística corrió a cargo del maestro Goberna, se celebró con arreglo al siguiente programa: primera parte, *Quinteto en sol*, de Mozart, por la Sociedad de Quintetos que dirige el citado maestro; segunda parte, *Montanyes regalades*, de Sancho Marraco;

*Sota del olm*, de Morera; *La doncella de la costa*, de Serra; *L'hercu Riera*, de Comella Ribó; *Soy de Pravia*, de Goberna, canciones cantadas por el «Orfeo Barcelonés»; *Presentimiento de guerrero* y *El caminante*, de Schúbert, que cantó el bajo de la Opera de Karlsruhe von Schwindt, acompañado al piano por el maestro de Constantinopla Sr. Diuier; *Tu es Petrus*, del Oratorio *Christus* de Liszt; tercera parte, *Paz y gloria*, marcha fúnebre de Goberna, interpretada por su autor en los grandes órganos eléctricos; *Aria*, de Bach; *Serenata*, de Haydn; *La siladora*, fuga, de Goberna, y marcha de *Tannhäuser* por el «Orfeo Barcelonés» y los órganos eléctricos.

Todos los números fueron aplaudidísimos, obteniendo algunos los honores de la repetición. Terminó el festival ejecutando los órganos los himnos nacionales alemán, austriaco y español, que fueron coreados por el público.

#### LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN POR AUTORES O EDITORES

DOCE ÁRBOLES, por R. Codorniu. - El autor de este librito le pone a modo de subtítulo «Narraciones que dedica a sus doce nietos un forestal en activo servicio», y con ello marca perfectamente el carácter de su obra. Trátase, en efecto, de doce interesantes narraciones o cuentos infantiles, cada uno de los cuales versa sobre un árbol y contiene, además de algunas provechosas enseñanzas botánicas, máximas muy a propósito para despertar y desarrollar los mejores sentimientos en el alma de los niños, unas y otras expuestas en estilo sencillo y ameno. Un tomo de 64 páginas, impreso en Murcia, en la imprenta de «El Tiempo.»

CATÁLOGO DE EXPORTADORES ESPAÑOLES. - El Centro de Información Comercial del Ministerio de Estado, con el objeto de fomentar el comercio de exportación, ha publicado la tercera edición de esta importante obra que contiene los nom-

bres y direcciones de los principales productores y exportadores españoles con la designación de los artículos que cada uno de ellos produce o exporta y cuya lista comprende 711 grupos y la indicación de los idiomas en que pueden los exportadores sostener la correspondencia. El catálogo está redactado en cuatro idiomas, castellano, alemán, francés e inglés y contiene un índice alfabético de los productos y otro índice de los exportadores que en el mismo figuran. Un tomo de 116 páginas impreso en Madrid en la imprenta «Sucesores de Rivadeneyra»; precio, 3 pesetas.

LABOR DE CONFRATERNIDAD, por R. Monner Sans. - El distinguido literato y querido colaborador nuestro Sr. Monner Sans ha reunido en un tomo las cuatro conferencias que, durante el viaje efectuado a España el año último, dió en el Ateneo Barcelonés y en la Casa de América de Barcelona, y en el Centro de Cultura Hispano-Americano y en el Ateneo de Madrid. Los asuntos de estas conferencias fueron: «Actuación de los catalanes en la República Argentina, antes y después de su

independencia»; «El Buenos Aires de ayer y el de hoy»; «El periódico, el libro y la cátedra como vehículos de confraternidad»; y «Las bellas letras como vehículo de la confraternidad hispano-argentina.» Todos estos temas están admirablemente tratados; en todos impera una gran altura de miras y sentimientos y el estilo en que están desarrollados es castizo, ameno y elegante. Un tomo de 90 páginas impreso en Madrid en la imprenta de los sucesores de Hernando.

CARTAS ABIERTAS PARA EL PUEBLO DE PUERTO RICO, por Rafael López Landrón. - En estas cartas estudia el Sr. López Landrón la colonización norteamericana de Puerto Rico y la compara con la colonización española señalando la superioridad de aquella sobre ésta, si bien haciendo constar los defectos de que la primera adolece todavía y señalando el modo de remediarlos. Este estudio da ocasión al autor para abordar los principales problemas relacionados con la vida política y económica de aquella isla. Un tomo de 168 páginas impreso en la imprenta «Unión Obrera», de Mayagüez.

## HIPOFOSFITOS SALUD



COMBATE

ANEMIA

ESCROFULISMO

NEURASTENIA

INAPETENCIA

**ANEMIA** DESIBILIDAD **Verdadero HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el **Verdadero HIERRO QUEVENNE**  
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts. París.

## LA SAGRADA BIBLIA

Traducida de la vulgata latina al español, por D. FÉLIX TORRES AMAT, dignidad de Sagrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc. - Nueva edición acompañada del texto latino é ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por Gustavo Doré, y profusamente ilustrada con viñetas intercaladas en el texto, corregida por el Rdo. P. D. Ramón Boldú, con licencia de la autoridad eclesiástica. - Cuatro tomos gran folio, 110 pesetas pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. - BARCELONA

### PARA ELLAS

por D.ª ADELA SÁNCHEZ CANTOS DE ESCOBAR  
Colección de novelitas y cuentos dedicada a las señoras.  
Un tomo lujosamente encuadernado a 5 pesetas para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

### LA ATMÓSFERA

GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA  
Obra escrita por CAMILO FLAMMARIÓN  
Dos tomos ricamente encuadernados a 5 pesetas uno para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN